

DISCURSOS DE CLAUSURA 2026

Por: Felipe Salazar M., exalumno promoción 1998

Junio 12 de 2026

Hoy nos reunimos para reconocer algo que muy pocas personas logran en la vida: alcanzar una cumbre verdadera.

Quienes conocen el alpinismo saben que llegar a la cima de una montaña nunca depende solamente de la fuerza. Una expedición exige visión para escoger el camino correcto, valentía para avanzar cuando aparece el miedo, una pasión profunda por la meta por alcanzar y una enorme capacidad de resistir cuando el cansancio hace pensar que es más fácil devolverse. Las tormentas llegan. El clima cambia. Hay momentos de incertidumbre, de sacrificio y de silencio. Y aun así, el montañista sigue ascendiendo, porque entiende que las cumbres verdaderamente grandes solo se alcanzan con fuerza para resistir, valentía para continuar, sacrificio para no renunciar, esperanza para no rendirse, y sobre todo, con la fe y el amor suficientes para dedicar una vida entera al camino.

Construir un colegio y llevarlo hasta sus mejores condiciones se parece profundamente a eso. Ustedes comenzaron este ascenso hace muchos años, cuando esta institución era apenas una visión. Y gracias a esa decisión, hoy existimos miles de personas que aprendimos aquí algo mucho más importante que responder exámenes o cumplir horarios. Nos enseñaron que ser montañista no significa llegar primero, sino avanzar sin abandonar los principios. Que la verdadera altura no está en el reconocimiento personal, sino en la posibilidad de ayudar a otros a subir también. Que nuestra comunidad es uno de los bastiones más fuertes no solo en el GLM sino en todos nuestros entornos.

Cada estudiante que pasó por este colegio lleva algo de esa enseñanza. Algunos hoy son empresarios, artistas, científicos, deportistas, maestros, padres y madres de familia. Otros todavía están descubriendo quiénes quieren ser. Pero todos compartimos algo esencial: fuimos formados bajo una visión que entendió que Colombia no se construye desde el miedo ni desde la resignación, sino desde la educación, el esfuerzo y la esperanza.

Y quizás, para quienes hemos vivido este colegio desde tantos lugares distintos, este momento tiene un significado todavía más profundo.

Yo no solo fui estudiante de la primera promoción. También fui profesor en estos pasillos, entrenador en estas canchas y compañero de tantos maestros que entregaron aquí su vida con una vocación silenciosa y generosa. Hoy tengo el privilegio de decir que llevo el mismo tiempo que ustedes haciendo parte de esta historia y sigo siendo orgullosamente formado por ustedes aun ahora.

Aquí crecí. Aquí aprendí a servir. Aquí formé mi familia.

Paula, mi esposa, dedica hoy su trabajo y su amor a esta comunidad educativa. Y ahora mis hijos, Paloma y José María, caminan por los mismos corredores por los que yo caminé hace tantos años.

Muy pocas personas tienen el privilegio de ver una obra humana atravesar tantas generaciones de su propia historia. Y por eso puedo decir, con absoluta certeza, que lo que ustedes construyeron no fue simplemente un colegio. Construyeron un semillero de transformadores de nuestro país para bien. Un lugar donde generaciones enteras aprendimos no solamente a pensar, sino también a amar, a respetar, a esforzarnos y a creer que vale la pena dedicar la vida a construir un país mejor. Y quizás ese sea el mayor triunfo de ustedes. Porque las instituciones realmente grandes no son las que dependen eternamente de sus fundadores, sino las que logran sembrar una cultura capaz de continuar creciendo más allá de ellos.

Hoy dejan el colegio en sus mejores condiciones. Y eso tiene un enorme valor. Significa que no construyeron pensando únicamente en el presente, sino en el futuro. Pensando en las generaciones que todavía no llegan. Pensando en un país que necesita ciudadanos preparados, éticos y humanos.

A veces creemos que el legado son los nombres grabados en una placa o los cargos ocupados durante años. Pero el verdadero legado está en las personas transformadas. Está en el estudiante que aprendió aquí a creer en sí mismo. En el maestro que encontró una comunidad para educar con sentido. En las familias que confiaron sus hijos a este proyecto. En cada egresado que sale al mundo intentando construir una Colombia mejor. Ese es el legado que permanece.

Y por eso hoy no les decimos adiós con tristeza. Les damos las gracias con admiración. Porque ustedes demostraron que sí es posible construir país desde la educación. Que sí es posible sostener una visión durante décadas sin perder el propósito. Que sí es posible subir una montaña dejando el camino más firme para quienes vienen detrás.

Ahora nos corresponde a nosotros continuar el ascenso. Ser dignos de lo recibido. Cuidar esta institución. Hacer crecer sus valores. Y convertirnos también en guías para otros. Porque el legado de ustedes ya no les pertenece solamente a ustedes. Camina en cada uno de nosotros. Y mientras exista un egresado, un estudiante o un maestro dispuesto a construir con honestidad, valentía y esperanza, la montaña que ustedes comenzaron seguirá creciendo.

“El legado de ustedes somos todos los montañistas que construimos Colombia.”

Muchas gracias.